

A Foodie's Guide to Capitalism: Understanding the Political Economy of What We Eat, de Eric-Holt Giménez

Grecia Carolina González Navarro*

En las últimas décadas ha crecido el número de movimientos sociales y resistencias que abogan por un sistema alimentario más justo en su largo trayecto del campo a la mesa. A su vez, ha crecido el interés entre grupos académicos y movimientos civiles por visibilizar lo que hay detrás y al interior de los alimentos que consumimos a diario. Si bien se trata de un tema que se aborda de manera multidimensional y multidisciplinaria, desde las Ciencias Sociales se rescata el aserto de que los alimentos que ponemos en nuestro plato implican un acto y una afirmación político-económica que nos conecta inevitablemente al resto de la humanidad y al medio ecológico que nos sostiene.

Al respecto, en su publicación más reciente —*A Foodie's Guide to Capitalism*— el doctor Eric-Holt Giménez, economista político y agroecólogo con líneas de investigación enfocadas al estudio de temas sobre justicia y soberanía alimentaria y agroecología, quien además ha trabajado con movimientos agrícolas en México y Centroamérica desde hace más de 15 años, nos invita a reconocer el ingrediente secreto en nuestro plato: el capitalismo. A lo largo de seis capítulos, el autor elabora un análisis detallado sobre el efecto metabólico neto que el capitalismo ha tenido sobre la agricultura y la formación de las relaciones de poder dentro del sistema agroalimentario capitalista, así como sus problemas inherentes y contradicciones en un mundo globalizado y al borde del colapso climático. Holt Giménez convierte en su tarea principal el reconocimiento de la estructura capitalista en la cual se inscriben los sistemas agrícolas, las cadenas de valor alimentarias y los graves problemas ambientales y de salud pública que devienen de una lógica que persigue la acumulación de riqueza y la maximización de ganancias a toda costa.

* Licenciada en Relaciones Internacionales por la Universidad de Guadalajara. Estudiante de la Licenciatura en Economía por la UNAM. Colabora en el proyecto PAPIIT IN302221 "Riesgos existenciales para la vida en el planeta: capitalismo fósil, economía de guerra permanente y luchas hegemónicas". Correo electrónico: grecia.carolina.gonzalez@gmail.com

En el primer capítulo el autor describe cómo, desde el inicio del capitalismo moderno, el sistema agrícola ha estado en el centro de las cadenas de producción de valor. Fue precisamente la coevolución entre plantas, animales y personas la que produjo una enorme variedad de especies, métodos, conocimientos y culturas gastronómicas que, a su vez, dieron pie a la creación de sistemas complejos de gobernanza y la riqueza social sobre la que se erigió el capitalismo. En este sentido, el rol de la agricultura en el desarrollo capitalista resulta tan relevante que representó la piedra angular de los trabajos teóricos de los economistas Adam Smith y David Ricardo sobre la renta de la tierra, la teoría del valor-trabajo, la naturaleza de la creación de riqueza y el mercado.

Por su parte, Marx se enfocó en los “*enclosures*” (cercados) en la ruralidad de las Islas Británicas antes del comienzo de la Revolución industrial, a través de los cuales las comunidades campesinas fueron despojadas de sus derechos a la tierra. Los cercados destruyeron los derechos comunitarios de propiedad de los campesinos al privatizar y cercar territorios que hasta entonces se habían dedicado al cultivo de alimentos, minando su capacidad para cubrir sus necesidades alimentarias y creando una clase social sin tierras que se vio obligada a trabajar a cambio de salarios. De acuerdo con Marx, este hecho representa la antesala de la revolución que dio lugar al modo de producción capitalista.

Este patrón de regulación, despojo, explotación, desarrollo tecnológico y expansión de mercado se ha repetido incontables veces a lo largo del desarrollo del capitalismo hasta alcanzar el grado de industrialización agrícola intensiva en capital que predomina en el mundo actual. A su vez, la construcción del régimen corporativo agroalimentario ha estado plagada de contradicciones; el Sur Global se ha vuelto dependiente de las importaciones de alimentos, mientras que los impactos ambientales han sido devastadores: la agricultura industrializada ha destruido 75 por ciento de la agrobiodiversidad a nivel mundial, usa hasta 80 por ciento del agua del planeta y emite alrededor de 20 por ciento de los gases de efecto invernadero.

En el segundo capítulo, el autor cuestiona los factores que determinan el valor de los alimentos en el contexto capitalista. Si bien el mecanismo de oferta y demanda y las economías de escala influyen en el precio, el autor atribuye la asignación del valor a la comodificación de los alimentos. En este sentido, su valor no sólo está en función de ser un medio de subsistencia, sino también como potencial formación de capital. En términos marxistas, los alimentos tienen un valor de uso (como comida) y un valor de cambio (como “*commodity*”). De esto deviene la contradicción entre el valor de los alimentos como esencial para la vida humana y su valor como “*commodity*”: ganancias antes que necesidad; especulación antes que equidad; extracción antes que resiliencia.

En el tercer capítulo, el autor se aboca a la cuestión de la propiedad de la tierra, elemento crucial para el entendimiento de los sistemas alimentarios actuales. En una economía de mercado, toda la tierra es tratada como un recurso (“*commodity*”), al igual que el trabajo y el dinero. La tierra cultivable se ha convertido en un activo financiero, propiciando el encarecimiento de los alimentos y sus fluctuaciones de precio abruptas. En referencia al concepto económico de la tragedia de los (recursos) comunes, Holt-Giménez afirma que la verdadera tragedia es la pérdida de éstos, toda vez que los recursos de la comunidad representan un efectivo frente de defensa que sirve a campesinos y comunidades para articular movimientos de resistencia frente al sistema agroindustrial.

Hacia el cuarto capítulo, el autor argumenta que, a pesar de la propagación de la industrialización agrícola y el despojo masivo del campesinado, hoy en día menos de un tercio de la oferta de alimentos es producida por las agroindustrias a gran escala, aun cuando éstas son beneficiarias de subsidios multimillonarios y programas de apoyo de parte del gobierno. En contraste, más de 70 por ciento de los alimentos producidos a nivel global proviene de pequeños agricultores que trabajan menos de 25 por ciento de la tierra. La mayoría de estos agricultores son mujeres en situación de pobreza y constituyen alrededor de 70 por ciento de la gente que padece hambre en el mundo.

Bajo la lógica capitalista, la agricultura tiende a la sobreproducción, provocando la disminución sostenida de los precios de los recursos agrícolas y haciendo necesaria la intervención del gobierno para limitar la producción que de otra forma seguiría en aumento. En este sentido, se describe el fenómeno “*technology treadmill*”, donde las tecnologías industriales promueven la inversión en maquinaria especializada para su uso en monocultivos y el abandono de las prácticas de rotación de cultivos. Los pesticidas y fertilizantes químicos aumentan los costos de producción, al tiempo que las pestes se vuelven más y más resistentes a los químicos y agotan los nutrientes del suelo.

Al mismo tiempo, la concentración de los capitales a lo largo de la cadena de producción de alimentos ha dado lugar a oligopolios multimillonarios que controlan el crédito, las materias primas y los fertilizantes, los servicios, el procesamiento, la distribución y las ventas al por menor de los productos y subproductos alimentarios. Esto ha ocasionado una disminución constante de la participación del campesinado en las ganancias de la producción agrícola, pasando de 40 por ciento por cada dólar en 1910 a tan sólo 10 por ciento en 1990 en Estados Unidos.

En el quinto capítulo, el autor introduce una perspectiva sociológica sobre los problemas de racismo, clasismo y sexismo en el sistema alimentario capitalista y cómo éstos se han hecho presentes desde los tiempos coloniales, mezclándose, fortaleciéndose y coevolucionando desde entonces. La esclavitud, la explotación,

el despojo de la tierra y el producto del trabajo de las mujeres, las personas en situación de pobreza y las personas de color aún constituyen los pilares sobre los que el sistema alimentario capitalista funciona, al igual que el hambre, la desnutrición, las enfermedades crónicas por dietas inadecuadas y la exposición continua a sustancias químicas tóxicas.

El sistema patriarcal ha provocado que, a pesar de que son mujeres las que producen y preparan la mayoría de los alimentos, son también quienes tienen menor acceso a la tierra y a los medios de producción y ganan menos por trabajar en los cultivos que los hombres. Por su parte, el racismo también ha estado presente desde los inicios del sistema alimentario, como bien lo refleja la historia racializada del maltrato a personas de color que aún persiste hasta nuestros días. En Estados Unidos, los campesinos blancos son en su mayoría dueños y operadores de las tierras cultivables, mientras que las personas de color o de ascendencia hispana/latina trabajan en su mayoría como agricultores y trabajadores a lo largo de la cadena de producción donde ganan salarios muy bajos y tienen niveles extraordinariamente altos de inseguridad alimentaria. Estos grupos estigmatizados racialmente son víctimas de manera desproporcional de las “externalidades” sociales y medioambientales producto del sistema agroindustrial.

En el capítulo 6, Holt-Giménez critica al enfoque neoliberal, que asume que el mercado asigna los recursos de manera eficiente y propone a las tecnologías agrícolas como la solución a los problemas del hambre y la degradación ambiental, pero no abordan el modo de producción, la distribución desigual de los medios de producción, del ingreso y la riqueza. Este es un enfoque equivocado, ya que son precisamente estas cuestiones las que constituyen la razón por la cual las personas no pueden acceder a las cantidades suficientes de alimentos y nutrientes en primer lugar.

En este sentido, el autor señala dos contradicciones inherentes al capitalismo que llevan a la formación de crisis cíclicas. La primera contradicción ocurre entre el capital y el trabajo toda vez que el capital trata de mantener los salarios bajos a toda costa, y provoca al mismo tiempo que los trabajadores no tengan la capacidad adquisitiva para comprar los bienes producidos, llevando a una crisis de acumulación o “realización”. La segunda contradicción consiste en la discrepancia entre los deseos infinitos de obtención de ganancias y expansión por parte de las grandes corporaciones y las cantidades finitas de suelo, bosques, cuerpos de agua, océanos y biodiversidad del planeta.

Desde las comunidades campesinas, Holt-Giménez propone a la agroecología como la alternativa al sistema agroalimentario y sus males. Describe a la agroecología como intensiva en conocimiento en vez de intensiva en capital, lo que favorece la existencia de cultivos pequeños y altamente diversos. La agroecología constituye tanto la resistencia a la agricultura capitalista como la base para la construcción de

un nuevo sistema alimentario. Dentro de este sistema de producción, la riqueza la constituye la agrobiodiversidad, la fertilidad, la conservación del agua y de los suelos. La generación de dicha riqueza ocurre en su mayoría fuera de los circuitos del capital y es controlada por el campesino.

En la conclusión, el autor resalta la necesidad de una alianza transversal entre sectores que sea capaz de responder a la centralidad e importancia de los alimentos en la sociedad y en el capitalismo. La diversidad de las agendas sociales y políticas actuales y la despolitización de los movimientos sociales dificultan la unión de fuerzas y debilitan la esfera pública.

La alienación de las personas del producto de su trabajo bajo el capitalismo es un aspecto cultural que afecta no sólo los salarios, sino la naturaleza misma de las personas y sus formas de hacer comunidad. Dentro del sistema capitalista los alimentos no son distribuidos por elección, deseo o valor, ni siquiera de acuerdo con las necesidades de las personas, sino a través del mercado y de la creación activa de demanda de productos altamente procesados y alimentos chatarra. Así pues, el autor concluye: “El capitalismo es el ingrediente secreto en nuestro plato”.

Eric Holt-Giménez, *A Foodie's Guide to Capitalism: Understanding the Political Economy of What We Eat*, Monthly Press Review & Food First Books, Nueva York, 2017, 280 pp.